

V. India (p. 1)



Gaceta Municipal

NUMERO EXTRAORDINARIO



Mayo 24 de 1917

CONTENIDO

- I. — **Reminiscencias necesarias**, por D. Alcides Enríquez.
- II. — **Fecha Magna**, por el Sr. D. Eduardo Mera.
- III. — **Página histórica**, por el Sr. D. Celiano Monge, Director del Instituto Modelo Municipal "Espejo".
- IV. — **Partes de las Batallas de Pichincha y Ayacucho**, por el Mariscal D. Antonio José de Sucre.
- V. — **Biografía del General Sucre**, por el Libertador Simón Bolívar.
- VI. — Actas de las sesiones del Ayuntamiento de 26 y 28 de Mayo de 1822.
- VII. — **Asamblea popular de Quito**, presidida por el Cabildo.
- VIII. — **Don Ignacio Cabal**, por A. P. Ch.
- IX. — Partida de Bautismo del General José María Córdova.

Ilustraciones

El retrato del Mariscal Sucre y el plano topográfico del campo de Ayacucho.

Sucre
Vidales
Robo
del
Cabal
may
el

GACETA MUNICIPAL

NUMERO EXTRAORDINARIO

Quito, Mayo 24 de 1917.

Reminiscencias necesarias

DESDE el mes de marzo de 1885, año en que se publicó el primer número de «El Municipio», todos los años subsiguientes, casi sin interrupción, se han publicado artículos literarios y documentos históricos relacionados con las gloriosas fechas de nuestra Patria, el Diez de Agosto de 1809 y el Veinticuatro de Mayo de 1822, con el objeto de encomiarlas; y, para esto, se ha registrado prolijamente las obras existentes en la Biblioteca y los pocos documentos *que han quedado* en el Archivo Municipal; de tal suerte que en la actualidad, nada nuevo o inédito se puede reproducir; pues, el último documento titulado «*Acta inédita de la sesión pública celebrada por el Colegio electoral de Quito, el 1º de Octubre de 1822, presidida por el Señor General Don Antonio José de Sucre*», se publicó el 24 de Mayo de 1913.

Por lo expuesto, y teniendo en cuenta lo grandioso de nuestras fiestas patrias y la **obligación** de guardarlas en nuestra memoria y de transmitir las como depósito sagrado a la generación naciente, no es redundancia el publicar cada año, en sus respectivos aniversarios, los acontecimientos que honran nuestra querida Patria en su autonomía nacional; autonomía que tantos heroísmos y sacrificios costó a nuestros próceres—progenitores y a los grandes Genios de Bolívar, Sucre, Córdova, Calderón y otros militares de imperecedero renombre, para que tengamos patria independiente, soberana y libre; pero con libertad bien entendida, y no para matarse entre hermanos, hasta entre los de un mismo partido político, impulsados por la ambición ó la codicia.

Quiera el Cielo que dejemos a nuestros descendientes, **íntegro** el patrimonio del territorio ecuatoriano, y nunca se realicen los vaticinios del R. P. Vicente Solano, en su folletín titulado «Bosquejo de la Europa y de la América en 1900», folletín encontrado en el Archivo Municipal, sin portada.

A fojas 57 de dicho Boceto, que parece ser escrito y publicado en 1839, refiriéndose a Norte América, dice:

“También debemos reflexionar que la América está en su período de incremento; que ella aun no tiene aquellos vicios ilustrados que anuncian la total ruina de las naciones; y por tanto, hablando humanamente, debe esperar su vejez, como todos los estados que se han formado en nuestro globo. Así que llegará hasta el siglo 20, llena de grandeza, y también de vicios que son inherentes a ella. La religión sufrirá los mismos ataques que en Europa, según el progreso que va haciendo la impiedad. No habrá si no ateístas; y sus obras pedirán el rayo del cielo. ¿Será el año de dos mil esta época fatal que debe experimentar el género humano, como dicen algunos escritores eclesiásticos? Aquí se agotan mis conjeturas y se cae la pluma.”

“NOTA L. A fojas 65.—Dice: Esta grandeza será el origen de mil discusiones intestinas, como sucede en todos estados opulentos. Es probable que los Estados Unidos absorberán Méjico, Guatemala y las Antillas. La vergonzosa expedición contra Tejas no deja esperanza para otra cosa. Además el espíritu de conquista es tan natural en las naciones, como el instinto de engrandecimiento en los individuos: nadie quiere ser inferior a otro. “Un esclavo en cadenas, dice Bodin, cree no desear otra cosa que sacudir su peso; si se desprende de él, desea su libertad; libre, quiere ser ciudadano; ciudadano no, solicita ser magistrado; no contento con esto, aspira a los primeros empleos; si los consigue, pretende ser soberano.” Esas grandes palabras de *desinterés*, de *filantropía*, etc., o son mentiras, o nacen del *quietismo político*, tan quimérico como el teológico.

En cuanto a la América meridional, no se necesita mucha política para preveer cual será la nación que se apoderará al menos de muchos estados. Pero al fin todo el continente vendrá a refundirse en los Estados Unidos.—La prueba es sencilla. Hay aquí dos razas dominantes, y ambas rivales; a saber, la raza anglo-americana, y la hispano-americana. La una precisamente debe sojuzgar la otra; porque no hay equilibrio entre el norte y el sur. Sabemos la prepotencia de los Estados de la Unión y su conato por ensanchar los límites desde la época de su existencia política. Compárese el territorio de 1783 con el de 1839. ¿Qué aumento tan prodijioso! Muy pocos conocen la fuerza expansiva del principio democrático que allí se ha adoptado. Tocqueville ha hecho un cálculo bastante aproximativo. Así que llegará día en que el humilde aspecto del Alleghani les cause tedio, y les obligue a buscar la majestuosa perspectiva de los Andes. En fin, los Estados del Norte serán la Rusia de América.”

Por lo que queda reproducido, y en vista de lo que actualmente acontece en Europa y Norte América, cabe levantar una vez más la voz a todas las Naciones del Continente hispano-americano, para que se compacten solidariamente entre todas y estemos prevenidos, a fin de no ser pupilos de una *madrastra*, sea cual fuere la Nación que trate de usurpar el dominio de nuestros Estados, después de habernos emancipado de nuestra madre España.

En Mayo 3 de 1915, y en nota de contestación que dirigí al Sr. Representante de la Municipalidad de La Ceiba (Honduras), concluí diciéndole: “Muy satisfactorio será para el suscrito, que los documentos impresos que le envió, formen parte de las glorias de nuestro Continente latino americano y sirvan como de base de unión para contrarrestar la manifiesta codicia de la América del Norte”.

Quito, 23 de Mayo de 1917.

Aleides Enríquez,
Archivero Municipal.



Fecha Magna

NOVENTA y cinco años han transcurrido desde el día en que, al tenaz embate de la Libertad, rodó desde las cimas del Pichincha, su último reducto, el ominoso poderío español. Pero el Tiempo, que todo lo demuele y arrasa con su fuerza incontrastable, no ha podido arrancar de la memoria del pueblo ecuatoriano el sagrado recuerdo de la fecha de su redención.

Y es que la Libertad, preciada hija de Dios, es a su vez, una Diosa de la que también puede decirse que es una "hermosura siempre antigua y siempre nueva".

Largas y duras centurias los hijos de la "América inocente" del poeta, vivieron la comatosa existencia de los conquistados a sangre y fuego, manteniendo latente la aterradora sentencia de Breno "*vae victis!*" Mas, esos pueblos, por uno como instinto de Libertad, de la Libertad que es vida, soñaban, no en una manumisión vacilante, fruto de la conmiseración y la piedad, sino en la emancipación segura, amplia, absoluta, que habían de conquistar combatiendo como buenos, "al aire libre y con el arma al brazo", y que les conduciría luego a los más altos destinos.

Y el ansiado día llegó al fin, con el raudal correr de los tiempos.

Repercutió en el Pichincha, cu-

na de la Libertad americana y sepulcro de la tiranía española, el histórico grito de emancipación; y Bolívar, nuevo Bayardo sin mancha ni tacha, echó la mano a la espada y la luz de la Libertad fue.

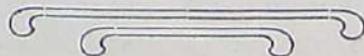
Vástagos de la raza "vencedora del vencedor de Europa", los patriotas americanos fueron de sacrificio en sacrificio y de triunfo en triunfo, arrancando palmo a palmo de la zarpa del León Ibero el suelo de la amada Patria.

Y la gloria inmarcesible de la coronación de la magna obra, le cupo al Gran Mariscal de Ayacucho, cuya espada, con motivo extraída de la vaina y con el más alto honor envainada, deshizo a las huestes de Aimerich en la cima del Pichincha, desde entonces su inmenso pedestal de gloria.

Y dueños de nuestros destinos, hidalgos y generosos, latente siempre en la memoria el recuerdo de quienes nos dieron Redención, Libertad y Patria, vamos adelante por el camino de la civilización y el progreso, en pos de nobles destinos, no sin llevar en el alma el sentimiento de la gratitud para la madre patria, ya que extorciones y crueldades "Crimen fueron del tiempo y no de España".

Eduardo Mera,
Bibliotecario Municipal.

23 de Mayo de 1917.



Página Histórica

ESCRITA PARA CONMEMORAR EL ANIVERSARIO DEL 24 DE MAYO DE 1822

DON Melchor Aymerich es el contendor de Sucre en la épica acción que se desenvuelve en la campaña inmortal que termina en Pichincha. Aunque se separó del mando inmediato del ejército para ocupar interinamente la Presidencia de la Real Audiencia, por muerte del ilustre Mourgéon, desde el palacio y rodeado de Consejeros impartía las órdenes militares a que se sujetaban los jefes españoles que obraban ya cerca de Quito.

La opinión de los pueblos del Ecuador estaba decidida por la causa republicana, y el General Sucre recibía de ellos todo género de auxilios, mientras que los realistas no contaban con esa fuerza moral que asegura el triunfo.

Las huestes independientes llegaron a Latacunga el 2 de Mayo de 1822, y la alarma cundió en la capital. Circulaba el falso rumor de que el Coronel López, Comandante en Jefe de las fuerzas realistas, iba a permitir que entraran a saco en ella a su paso para el Norte. Aymerich, a su vez, abrigaba el temor de un levantamiento popular y tomó las medidas preventivas para sofocarlo. Tenía a su disposición 24 cañones que los hizo colocar en el palacio y en el cuartel de prevención; la guarnición, que no era numerosa, podía movilizarse entre estos dos edificios mediante un puente provisional que los unía en la "calle angosta". Para cuidar el orden por la noche, se formó un cuerpo de empleados al mando del ex-corregidor de Ibarra, N.

Elizalde, quien se acompañaba algunas veces de los realistas Dn. Andrés Fernández Salvador, Dn. Antonio Ortiz de Cevallos, Dn. Javier Tordecillas y Dn. Mariano Cruz. Ya desde la noche del 3 de Mayo el Marqués de San José guardaba prisión y estaba incomunicado, por habersele interceptado comunicaciones con el jefe republicano, y por sus trabajos ocultos para conseguir la deserción de la tropa enemiga. Se le inició un sumario en el cual estaban comprometidos Dn. Pedro Montúfar y Dn. Vicente Aguirre. Montúfar, como en el año 1810, se fugó burlando la vigilancia de sus perseguidores. Una partida armada destacada por el Coronel López desde el campamento, no pudo dar en Sangolquí con la persona del Coronel Aguirre y cometió tropelías en las haciendas del Marqués de Selva Alegre. En vista de estas persecuciones muchos vecinos se ocultaron y otros salieron a los pueblos del Norte para auxiliar a la partida volante del Comandante Cestari que se hallaba por el Quinche. Los correos de Pasto eran sorprendidos por el paisanaje, que, según el decir del Presidente, infestaban los pueblos del tránsito.

El 17 de Mayo sentó sus reales en el valle de Chillo la División republicana, después de la penosa travesía por las faldas del Cotopaxi. La avanzada que destacó el General Sucre hacia Conocoto tuvo un encuentro sangriento en las alturas de esa parroquia con otra realista, enviada desde Quito al man-

do de los Oficiales Quiroz y Fernández, que pertenecían al Estado Mayor. Ambos cayeron prisioneros y heridos en poder de los patriotas; el primero murió a consecuencia de las heridas y el segundo fue devuelto a Aymerich con una nota de Sucre, en que hacía el elogio del bizarro comportamiento de los dos jóvenes españoles.

En la contestación dice el Presidente a Sucre, entre otras cosas, lo siguiente: "Doy a Usía las debidas gracias por la devolución de Fernández como rasgo saludable que me persuade lo mismo que a mi ejército, de que Usía no se desvía de los fueros de la política, guardando aquella recíproca armonía que en nada se contradice con el aparato y los efectos de la guerra".

No sucedió así cuando en Jalupana combatió Cestari con la Columna de los Tiradores de Cádiz que marchaban a incorporarse al grueso de la División del Coronel López. El Comandante Harrison fue tomado prisionero y ultimado bárbaramente.

El General Sucre era deudor de Aymerich de una nobilísima acción. Después del segundo desastre de Huachi, al saber el Jefe vencedor que Sucre había recibido una herida en el brazo derecho, le dirigió una carta en la que se lamentaba del incidente y le avisaba que, para resguardarlo en la derrota, había destinado un piquete de caballería que debía seguirlo a una prudente distancia.

Tan delicada atención no echó en saco roto el General Sucre, y recordándola, sin duda, escribió a la esposa de Aymerich, Doña Josefa Espinosa de los Monteros una carta en que resplandecía su generosidad ingénita y le ofrecía rendidamente sus servicios. He aquí

la contestación de la distinguida dama: "Quito, 8 de Mayo de 1822.

—Muy señor mío:—Por carácter y por genio he sido siempre amante de la humanidad, y sólo me complazco de que la suerte me haya colocado en proporción de poder ser útil a mis semejantes, cuyo principio ha regido siempre mis procedimientos, y será mi norte en los sucesivos cualquiera que sea la situación a que puedan reducirme los resultados de la actual campaña. Bien conoce Ud. son inciertos, y dispuesta a seguir la suerte de mi Esposo espero tranquila la decisión del empeño a que es llamado por obligación y por su propio deber para tomar la determinación que sea más conforme a las circunstancias. No me son desconocidas las virtudes cívicas y de política de que se halla Ud. adornado, y correspondiendo a la opinión, los sentimientos generosos que se sirve manifestarme en su apreciable carta, quedo sumamente reconocida, ofreciendo a Ud. mi consideración como su atenta servidora q. s. m. b. —Josefa Espinosa de Aymerich."

El General Sucre provocó por tres veces a combate a las fuerzas de López en el Egido de Turubamba sin resultado alguno, no obstante de encontrarse este Jefe en posiciones estratégicas. Esperaba el refuerzo de Pasto enviado por el Coronel D. Basilio García, consistente en el Batallón Cataluña. Esta fuerza llegó a Otavalo el 20 de Mayo y se aproximaba a Quito a marchas redobladas. Esto lo sabía el General Sucre y movilizó el 23 por la noche a toda la División que se hallaba en Chillogallo, y por las faldas del Pichincha llegó a las ocho de la mañana al repecho que mira a la ciudad. Allí ocurrió la batalla decisiva que dio libertad a Quito y completó la independencia

de Colombia la Grande. Para qué repetir la relación detallada del parte oficial del General Sucre? Todos lo sabemos de memoria, y el periodismo, que conmemora anualmente la gloriosa jornada del 24 de Mayo, lo reproduce de preferencia en sus columnas.

El 25 fue entregada la plaza por capitulación, en la que intervinieron de parte de Sucre los Coroneles Andrés de Santa Cruz y D. Antonio Morales, Jefe del Estado Mayor. Este personaje era ya conocido de Aymerich y su familia, quienes le agasajaron cuando vino a Quito con el Coronel español Males a presentar al Presidente el tratado sobre la regularización de la guerra. Morales desde Balsapamba, al agradecer los buenos oficios y las atenciones de Aymerich le expresó que llegaría pronto el tiempo en que le daría a conocer "que es su verdadero amigo y amante del interés general." En efecto, la familia del Presidente que se componía de su esposa y de sus hijos Rosa y Antonio, encontró un noble favorecedor en Morales, que después llegó a ser General del Ecuador y Ministro de Estado. El joven Antonio Aymerich era Capitán de Milicias y peleó valerosamente en Pichincha siguiendo la bandera de su padre.

En virtud de la cláusula 5ª de la capitulación, Aymerich quedaba en libertad de marchar cuando y por donde quiera con su familia, para lo cual debería ser atendido con todas las consideraciones debidas a su clase, representación y comportamiento. A principios de Julio dejó a Quito para no regresar jamás. Al llegar a la hacienda de Buijo, con fecha 14 del expresado mes, enderezó al General Sucre la siguiente carta escrita de su puño y letra: "Apreciadísimo amigo; el

4 del que corre terminé venturosamente una parte de mis marchas en esta hacienda, en ella, así como en tránsito renueva la amistad la grata memoria debida a los finos oficios que U. se ha servido dispensarme. No desconozco el deber que imponen estos generosos rasgos en la delicadeza del buen sentimiento, y ojalá que una ocasión más feliz me proporcione acreditarlos mejor con la obra que con la palabra. Este solo deseo me ocupa tanto; como el de penetrar a U. la confianza con que debo disponer en todas partes a la persona y alcances del que es con la mayor consideración su Am^o y S. S. Q. B. S. M.—Melchor Aymerich.—P. D.—La Generala y los niños reiteran a Ud. su aprecio, el mismo que vigorizan con los recuerdos consiguientes a sus atenciones.—Sr. General José Antonio Sucre".

El equipaje fue conducido por Dn. José Barahona y dos compañeros con las debidas seguridades; pues aunque las autoridades de Latacunga y Ambato quisieron apoderarse de él creyendo que los caudales de Aymerich pertenecían a la nación, desistieron de este empeño en vista de la nota apertoria que enseñó la comisión conductora.

Llegado el General Aymerich a Guayaquil el Coronel Illingrot le hizo los últimos honores de su clase, y le acompañó al buque que le condujo a la Habana.

Dos hechos culminantes han quedado en la memoria de los ecuatorianos: el uno engrandece y el otro afea la figura política de Aymerich. A pesar de las órdenes reiteradas del Presidente Dn. Toribio Montes no le fusiló al General Nariño, que vino de Cundinamarca proclamando la Independencia absoluta y se hallaba prisionero de los aguerridos pastusos. No hubo esta

generosidad de sentimientos con la cabeza insepulta del héroe de Tánizahua, Dn. José García. Tan luego como la entregó el oficial Domingo Ramírez de la guarnición de Guaranda la mandó colocar en el puente de Machángara para escarmiento, según él, de los demás desleales a la Corona. El Coronel García mandaba la vanguardia de las tropas guayaquileñas el año 1820 y avanzó hasta Mulaló. Desde Latacunga le envió a Aymerich una arrogante intimación para que depusiera las armas y le entregara la plaza de Quito.

Para concluir esta ligera reseña hablaremos algo sobre los méritos que contrajo Aymerich en España, y por los cuales fue nombrado Gobernador de Cuenca por Real Orden de 17 de Mayo de 1802.

Don Melchor Aymerich nació en Málaga, y llevado del ejemplo de su padre, que fue Brigadier, abrazó muy temprano la carrera de las armas. En 1762 entró de Cadete y sirvió tres años en el Ejército hasta que en 1775, hecho ya Subteniente, formó parte de la Expedición de Argel. Se halló en la

rendición de la plaza de Orán y en la de Ceuta. En 1792 fue ascendido a Teniente Coronel. Estimulado por esta distinción se portó bizarramente en la invasión de la Cerdeña francesa el 25 de Abril de 1793. Contribuyó eficazmente al orden y disciplina de la guarnición de Ceuta en la que se hallaba como Jefe, el año de 1800. Se hizo cargo del Gobierno político y Militar de Cuenca, en Noviembre de 1803 cuando frisaba en los cincuenta y dos años de edad.

La última orden que impartió Aymerich en Quito está contenida en un oficio sin dirección ni fecha. Parece ser escrito el día de la Batalla. Manda en él que el Batallón Cataluña acelere la marcha para reforzar la División que se halla a punto de combatir. Este cuerpo no llegó a tiempo, y en Cotocollao rindió las armas al General Córdova, por medio de una nueva capitulación basada en la de Quito, y suscrita por el expresado Jefe Colombiano y el Coronel Dn. Bartolomé Salgado.

Celiano Monge.

Parte de la batalla de Pichincha,

DADO POR EL SEÑOR GENERAL ANTONIO JOSE DE SUCRE.

República de Colombia.—Ejército Libertador.—Comandancia General de la División del Sur.—Cuartel General en Quito, a 28 de Mayo de 1822—12.

Señor Ministro:

DESPUES de la pequeña victoria de nuestros granaderos y dragones sobre toda la caba-

llería enemiga en Riobamba, ninguna cosa había ocurrido de particular. Los cuerpos de la División se movieron el 28, y llegaron a Latacunga el 2. Los españoles estaban situados en el pueblo de Machachi, y cubrían los inaccesibles pasos de Jalupana y la Vindita. Fue necesario excusarlos haciendo una marcha sobre su flanco izquierdo; y, moviéndonos el 13, lle-

gamos el 17 al valle de Chillo (enatro leguas de la Capital) habiendo dormido y pasado los helados del Cotopaxi. El enemigo pudo penetrar nuestra operación, y ocupó a Quito el mismo día 16, por la noche.

La colina de Puengasí que divide el valle de Chillo de esta ciudad, es de difícil acceso; pero pudimos burlar los puntos del enemigo y pasarla el 20. El 21 bajamos al llano de Turubamba (que es el Ejido de la Capital) y presentamos batalla, que creíamos aceptarían los españoles, por la ventaja del terreno en su favor: pero ellos ocupaban posiciones impenetrables; y después de algunas maniobras, fue preciso situar la División en el pueblo de Chillogallo, una milla distante del enemigo. El 22 y 23 los provocamos nuevamente a combate, y desesperados de conseguirlo, resolvimos marchar por la noche a colocarnos en el Ejido del Norte de la ciudad, que es mejor terreno, y que nos ponía entre Quito y Pasto, adelantado, al efecto, el Sr. Coronel Córdova con dos compañías del batallón Magdalena. Un escabroso camino nos retardó mucho la marcha; pero a las ocho de la mañana del 24 llegamos a las alturas del Pichincha, que dominan a Quito, dejando muy atrás nuestro parque cubierto con el batallón Albión. Mientras las tropas reposaban, la compañía de cazadores de Paya fue destinada a reconocer las avenidas: seguía luego el batallón Trujillo (del Perú) dirigido por el Sr. Coronel Santaeruz, Comandante General de la División del Perú. A las nueve y media, dió la compañía de cazadores con toda la División española, que marchaba por nuestra derecha a la posición que teníamos; y roto el fuego, se sostuvo mientras conservó municiones; pero en oportunidad, llegó el batallón Trujillo, y se comprometió el combate: muy inmediatamente las dos compañías de Yaguachi reforzaron este batallón conducido por el Sr. Coronel Morales, en persona. El resto de nuestra infantería a las órdenes del Sr. General Mires, seguía

el movimiento, excepto las dos compañías del Magdalena, con que el Sr. Coronel Córdova marchó a situarse por la espalda del enemigo; pero encontrando obstáculos invencibles, tuvo que volverse. El batallón Paya pudo estar formado, pero consumidos los cartuchos de estos dos cuerpos, tuvieron que retirarse, no obstante su brillante comportamiento. El enemigo se adelantó, por consiguiente, algún poco; y como el terreno apenas permitiese entrar más de un batallón al combate, se dió orden a Paya que marchase a bayoneta, y lo ejecutó con un brío que hizo perder al enemigo, en el acto, la ventaja que había obtenido; y comprometido nuevamente el fuego, la maleza del terreno permitió, que los españoles aún se sostuviésen. El enemigo destacó tres compañías de Aragón a flanquearnos por la izquierda; y a favor de la espesura del bosque conseguía estar ya sobre la cima, cuando llegaron las compañías de Albión (que se habían atrasado con el parque) y entrando con la bizarría que siempre ha distinguido a este cuerpo, puso en completa derrota a los de Aragón. Entre tanto, el Sr. Coronel Córdova tuvo la orden de relevar a Paya, con las dos compañías del Magdalena; y este jefe, cuya intrepidez es muy conocida, cargó con un denuedo admirable, y desordenando al enemigo y derrotándolo, la victoria coronó a las doce del día a los soldados de la libertad. Reforzado este jefe con los cazadores de Paya, con una compañía de Yaguachi y con las tres de Albión, persiguió a los españoles, entrándose hasta la Capital, y obligando a sus restos a encerrarse en el fuerte del Panecillo.

Aprovechando de este momento, pensé ahorrar la sangre que nos costaría la toma del fuerte, y la defensa que permitía aún la ciudad e intimé verbalmente al General Aymerich por medio del edecán O'Leary, para que se rindiese; y en tanto, me puse en marcha con los cuerpos, y me situé en los arrabales, destinando antes al Sr. Coronel Ibarra (que había

acompañado en el combate a la infantería) que fuese con nuestra caballería a perseguir a la del enemigo, que observaba se dirigía a Pasto. El General Aymerich ofreció entregarse por una capitulación, que fue convenida y ratificada al siguiente día, en los términos que verá V. S. en la copia que tengo el honor de someter a la aprobación de S. E.

Los resultados de la jornada de Pichincha han sido la ocupación de esta ciudad y sus fuertes el 25 por la tarde, la posesión y tranquilidad de todo el departamento, y la toma de 1.100 prisioneros de tropa, 160 oficiales, 14 piezas de artillería, 1.700 fusiles, fornituras, cornetas, banderas, cajas de guerra y cuantos elementos de guerra poseía el ejército español.

Cuatrocientos cadáveres enemigos y doscientos nuestros han regado el campo de batalla: además tenemos 190 heridos de los españoles y 140 de los nuestros. Entre los primeros, contamos al Teniente Molina y al Subteniente Mendoza; y entre los segundos, a los Capitanes Cabal, Castro y Alzuro; a los Tenientes Calderón y Ramírez y a los Subtenientes Borrero y Arango.

Los cuerpos todos han cumplido su deber: jefes, oficiales y tropa se disputaban la gloria del triunfo. El Boletín que dará el Estado Mayor

recomendará a los jefes y subalternos que se han distinguido; y yo cumpliré con el deber de ponerlos en consideración del Gobierno; en tanto, *hago una particular memoria de la conducta del Teniente Calderón, que habiendo recibido sucesivamente cuatro heridas, no quiso retirarse del combate. Probablemente morirá; pero el Gobierno de la República sabrá compensar a su familia los servicios de este oficial heroico.*

La caballería española va dispersa y perseguida por el cuerpo del Comandante Cestari, que antes había yo interpuesto entre Quito y Pasto. El 26 han salido comisionados de ambos Gobiernos, para intimar la rendición a Pasto, que creo será realizada por el Libertador: otros oficiales marchan para Esmeraldas y Barbacoas; de manera que, en breve, el reposo y la paz serán los primeros bienes de que gozarán estos países, después que la República les ha dado independencia y libertad.

La división del Sur ha dedicado sus trofeos y laureles al Libertador de Colombia.

Dios guarde a US. muchos años.

A. J. de Sucre.

La batalla de Ayacucho

PARTE DETALLADO DE LAS OPERACIONES PRECEDENTES A ELLA Y DEL COMBATE.

Oficio del General Sucre para el Ministro de Guerra.

Ejército Unido Libertador. —
Cuartel General en Ayacucho, a
11 de Diciembre de 1824.—Al Sr.
Ministro de la Guerra.

Sr. Ministro:

LAS tres Divisiones del ejército quedaron desde el 14 al 19 de Noviembre situadas en Talavera, San Gerónimo y

Andahuáilas, mientras los enemigos continuaban sus movimientos sobre nuestra derecha. Por la noche del 18, supe que el mayor número de los cuerpos enemigos se dirigía a Huamanga, y dispuse que el ejército marchase para buscarlos. El 19, nuestras partidas se batieron en el puente de Pampas con un cuerpo enemigo, y el 20 al llegar a Uripa, se divisaron tropas españolas en las alturas de Bombón. Una compañía de Húsares de Colombia, y la primera de Rifles con el Sr. Coronel Silva, se destinaron a reconocer estas fuerzas, que, constando de tres compañías de Cazadores, fueron desalojadas y obligadas a repasar el río de Pampas, donde se encontró a todo el ejército real, que había cortado perfecta y completamente nuestras comunicaciones, situándose a la espalda.

Siendo difícil pasar el río, e imposible forzar las posiciones enemigas, nuestro ejército quedó en Uripa, y los españoles en Concepción, estando a la vista. El 21, 22 y 23 el encuentro de las descubiertas nos fue siempre ventajoso. El 24 los enemigos levantaron su campo en marcha hacia Vilcas Huamán, y nuestro ejército vino a situarse sobre las alturas de Bombón hasta el 30, que sabiéndose que los enemigos venían por la noche a la derecha de Pampas por Uchubambas, a flanquear nuestras posiciones, me trasladé a la izquierda del río para cubrir nuestra retaguardia.

Los españoles al sentir este movimiento repasaron rápidamente la izquierda del Pampas; pero nuestros cuerpos acababan de llegar a Matará en la mañana del 2 cuando el español se avistó sobre las alturas. Aunque nuestra posición era mala, presentamos la batalla; pero fue excusada por el enemigo, si-

tuándose en unas breñas no sólo inatacables sino inaccesibles: el 3 el enemigo hizo un movimiento indicando el combate, y se le presentó la batalla; pero dirigiéndose sobre las inmensas alturas de la derecha, amenazaba tomar nuestra retaguardia. Antes había sido indiferente al ejército dejar al enemigo a nuestra espalda; pero la posición de Matará después de ser mala carecía de recursos, y era por tanto necesario seguir la retirada a Tambo Cangallo. Nuestra marcha se rompió muy oportunamente para salvar la difícil quebrada de Corpaguaico antes que llegase el cuerpo del ejército enemigo; mas éste había adelantado desde muy de mañana y encubiertamente cinco batallones y cuatro escuadrones a ponerse en este paso impenetrable. Nuestra infantería de vanguardia con el Sr. General Córdova, y la del centro con el Sr. General Lamar habían pasado la quebrada, cuando esta fuerza enemiga cayó bruscamente sobre los batallones Vargas, Vencedor y Rifles, que cubrían la retaguardia con el Sr. General Lara; pero los dos primeros pudieron cargarse a la derecha sirviéndose de sus armas para abrirse paso, y Rifles en una posición tan desventajosa tuvo que sufrir los fuegos de la artillería y el choque de todas las fuerzas; mas, desplegando la serenidad e intrepidez que ha distinguido siempre a este cuerpo, pudo salvarse. Nuestra caballería bajo el Sr. General Miller pasó por Chonta, protegida por los fuegos de Vargas, aunque siempre muy molestada por la infantería enemiga. Este desgraciado encuentro costó al Ejército Libertador más de 300 hombres, todo nuestro parque que fue enteramente perdido y una de nuestras dos piezas de artillería; pero

él es el que ha valido al Perú su libertad.

El 4 los enemigos engreidos de su ventaja destacaron cinco batallones y seis escuadrones por las alturas de la izquierda a descabezar la quebrada, mostrando querer combatir; la barranca de la quebrada de Corpaguaico permitía una fuerte defensa; pero el ejército deseaba a cualquier riesgo aventurar la batalla. Abandonándoles la barranca, me situé en medio de la gran llanura de Tambo Cangallo. Los españoles, al subir la barranca marcharon velozmente a los cerros enormes de nuestra derecha, evitando todo encuentro, y esta operación fue un testimonio evidente de que ellos querían maniobrar y no combatir: este sistema era el único que yo temía, porque los españoles se servían de él con ventaja, conociendo que el valor de sus tropas estaba en los pies, mientras el de las nuestras se hallaba en el corazón.

Creí, pues, necesario obrar sobre esta persuasión, y en la noche del cuatro marchó el ejército al pueblo de Guaichao, pasando la quebrada de Acoero, y cambiando así nuestra dirección. El 5 en la tarde se continuó la marcha a Aco Vinchos, y los enemigos a Tambillo, hallándonos siempre a la vista. El 6 estuvimos en el pueblo de Quinna; los españoles por una fuerte marcha a la izquierda se colocaron a nuestra espalda en las formidables alturas de Pacaicasa: ellos siguieron el 7 por la impenetrable quebrada de Huamanguilla, y al día siguiente a los elevados cerros de nuestra derecha, mientras nosotros estábamos en reposo; el 8 en la tarde quedaron situados en las alturas del Cundurcunca a tiro de cañon de nuestro campo: algunas guerrillas que bajaron se batieron

esa tarde y la artillería cruzó sus fuegos.

La aurora del día 9 vió estos dos ejércitos disponerse para decidir los destinos de una nación. Nuestra línea formaba un ángulo: la derecha, compuesta con los batallones Bogotá, Voltígeros, Pichincha y Caracas, al mando del Sr. General Córdova: la izquierda, de los batallones 1º, 2º, 3º y legión peruana, bajo el muy ilustre Sr. General Lamar; el centro, los Granaderos y Húsares de Colombia, con el Sr. General Miller; y en reserva, los batallones Rifles, Vencedor y Vargas, al mando del Sr. General Lara. Al reconocer los cuerpos, recordando a cada uno sus triunfos, sus glorias, su honor y su patria, los vivas al LIBERTADOR y a la República resonaban por todas partes. Jamás el entusiasmo se mostró con más orgullo en la frente de los guerreros. Los españoles a su vez, dominando perfectamente la pequeña llanura de Ayacucho, y con fuerzas casi dobles, creían cierta su victoria. Nuestra posición, aunque dominada, tenía seguros sus flancos por unas barrancas, y por su frente, no podía obrar la caballería enemiga de un modo uniforme y completo. La mayor parte de la mañana fue empleada sólo con fuego de artillería y de los Cazadores: a las diez del día, los enemigos situaban al pie de la altura cinco piezas de batalla, arreglando también sus masas al tiempo que estaba yo revisando la línea de nuestros tiradores. Dí a éstos la orden de forzar la posición en que colocaban la artillería, y fue ya la señal del combate.

Los españoles bajaron velozmente sus columnas, pasando a las quebradas de nuestra izquierda los batallones Cantabria, Centro, Castro, 1º Imperial y dos escuadrones

de Húsares, con una batería de seis piezas, forzando demasiadamente su ataque por esa parte. Sobre el centro, formaban los batallones Burgos, Infante, Victoria, Guías y segundo del primer Regimiento, apoyando la izquierda de éste, con los tres escuadrones de la Unión, el de San Carlos, los cuatro de los Granaderos de la Guardia y las cinco piezas de artillería ya situadas, y en la altura de nuestra izquierda, los batallones 1º y 2º de Gerona, 2º Imperial, 1º del Regimiento, el de Fernandinos y el escuadrón de Alabarderos del Virrey.

Observando que las masas del centro no estaban en orden aun, y que el ataque de la izquierda se hallaba demasiado comprometido, mandé al Sr. General Córdova que lo cargase rápidamente con sus columnas, protegido por la caballería del Sr. General Miller, reforzando a un tiempo al Sr. General Lamar con el batallón Vencedor y sucesivamente con Vargas. Rifles quedaba en reserva para rehacer el combate donde fuera menester, y el Sr. General Lara recorría sus cuerpos en todas partes. Nuestra masa de la derecha marchó arma a discreción, hasta cien pasos de las columnas enemigas, en que, cargadas por ocho escuadrones españoles, rompieron el fuego: rechazarlos y despedazarlos con nuestra soberbia caballería, fue obra de un momento. La infantería continuó inalterablemente su carga, y todo plegó a su frente.

Entre tanto, los enemigos, penetrando por nuestra izquierda, amenazaban la derecha del Sr. General Lamar, y se interponían entre éste y el Sr. General Córdova, con dos batallones en masa: pero llegando en oportunidad Vargas, al frente, y ejecutando bizarramente

los Húsares de Junín la orden de cargar por los flancos de estos batallones, quedaron disueltos. Vencedor y los batallones 1º, 2º y 3º y Legión Peruana, marcharon audazmente sobre los otros cuerpos de la derecha enemiga, que reuniéndose tras las barrancas presentaban nuevas resistencias; pero reunidas las fuerzas de nuestra izquierda, y precipitados a la carga, la derrota fue *completa y absoluta*.

El Sr. General Córdova, trepaba con sus cuerpos la formidable altura de Cundurcunca, donde se tomó prisionero al Virrey Laserna: el Sr. General Lamar salvaba en la persecución las difíciles quebradas de su flanco, y el Sr. General Lara, marchando por el centro, aseguraba el suceso. Los cuerpos del Sr. General Córdova, fatigados del ataque, tuvieron la orden de retirarse, y fue sucedido por el Sr. General Lara, que debía reunirse en la persecución al Sr. General Lamar, en los altos de Tambo. Nuestros despojos eran ya más de mil prisioneros, entre ellos 60 jefes y oficiales, 14 piezas de artillería, 2.500 fusiles, muchos otros artículos de guerra, y perseguidos y cortados los enemigos en todas direcciones; cuando el General Canterac, Comandante en Jefe del ejército español, acompañado del General Lamar, se me presentó a pedir una capitulación. Aunque la posición del enemigo podía reducirlo a una entrega discrecional, creí digno de la generosidad americana, conceder algunos honores a los rendidos que vencieron 14 años en el Perú, y la estipulación fue ajustada sobre el campo de batalla en los términos que verá US. por el tratado adjunto: por él se han entregado todos los restos del ejército español, todo el territorio del Perú ocupado por sus armas, todas las guarniciones,

los parques, almacenes militares y la plaza del Callao con sus existencias.

Se hallan por consecuencia, en este momento, en poder del Ejército Libertador, los Tenientes Generales Laserna y Canterac, los Mariscales Valdés, Carratalá, Monnet y Villalobos, los Generales de Brigada Bedoya, Ferraz, Camba, Somocursio, Cacho, Atero, Landázuri, Vigil, Pardo y Tur, con 16 coroneles, 68 tenientes coroneles, 484 mayores y oficiales; más de 2.000 prisioneros de tropa: inmensa cantidad de fusiles, todas las cajas de guerra, municiones y cuantos elementos militares poseían: 1.800 cadáveres y 700 heridos, han sido en la batalla de Ayacucho, las víctimas de la obstinación y de la temeridad españolas. Nuestra pérdida es de 310 muertos y 609 heridos, entre los primeros, el mayor Duxbury de Rifles, el capitán Urquiola, de Húsares de Colombia, los tenientes Oliva, de Granaderos de Colombia, Colmenares y Ramírez, de Rifles, Bonilla, de Bogotá, Sevilla, de Vencedor, y Prieto y Ramonet, de Pichincha: entre los segundos, el bravo coronel Silva, de Húsares de Colombia, que recibió tres lanzas, cargando con extraordinaria audacia a la cabeza de su regimiento: el coronel Luque que al frente del batallón *Vencedor*, entró a las filas españolas: el comandante León del batallón *Cava-cas*, que con su cuerpo marchó sobre una batería enemiga. El comandante Blanco, del 2º de Húsares de *Junín*, que se distinguió particularmente: el señor coronel Leal, contuso, que a la cabeza del Pichincha, no sólo resistió las columnas de caballería enemiga, sino que las cargó con su cuerpo; el mayor Torres, *Voltígeros*, y el mayor Zornosa de *Bogotá*, cuyos

batallones conducidos por sus comandantes Guas y Galindo, trabajaron con extraordinaria audacia: los capitanes Jiménez, Coquis, Dorrnsoro, Brown, Gil, Córdova y Ureña: los tenientes Infante, Silva, Suárez, Vallarino, Otálora, French: los subtenientes Galindo, Chabur, Rodríguez, Malavé, Jeral, Pérez, Calles Marquina y Paredes de la 2ª División de Colombia; los capitanes Landaeta, Troyanos, Alcalá Dorrnsoro, Granados y Miro: los tenientes Pazaja y Ariscum y el subteniente Sabino de la 1ª División de Colombia: los tenientes Otálora, Suárez, Ornas, Posadas, Miranda y Montoya: los subtenientes Isa y Alvarado de la división del Perú: los tenientes coroneles Castillo y Gerardino, tenientes Moreno y Piedrahita del Estado Mayor. Estos oficiales son muy dignos de una distinción singular.

El batallón Vargas, conducido por su denodado comandante Morán, ha trabajado bizarramente; la Legión peruana con su Coronel Plaza, sostuvo con gallardía su reputación: los batallones 2º y 3º del Perú con sus comandantes González y Benavidez, mantuvieron firmes sus puestos contra bruscos ataques: los Cazadores del Nº 1º se singularizaron en la pelea, mientras el cuerpo estaba en reserva. Los Húsares de Junín, conducidos por su comandante Suárez recordaron su nombre para brillar con su valor especial: los Granaderos de Colombia, destrozaron en una carga el famoso regimiento de la guardia del Virrey. El batallón Rifles no entró en combate: escogido para reparar cualquiera desgracia, recorría los lugares más urgentes, y su coronel Sandes los invitaba a vengar la traición con que fue atacado en Corpaguaico. Todos los cuerpos, en fin, han lle-

nado su deber cuanto podía desearse.

Con satisfacción cumplo el agradable deber de recomendar a la consideración del LIBERTADOR, a la gratitud del Perú y al respeto de todos los valientes de la tierra, la serenidad con que el Sr. General Lamar ha rechazado todos los ataques a su flanco y aprovechado el instante de decidir la derrota: la bravura con que el Sr. General Córdova condujo sus cuerpos, y desbarató en un momento el centro y la izquierda enemiga: la infatigable actividad con que el Sr. General Lara atendía con su reserva a todas partes; y la vigilancia y oportunidad del Sr. General Miller para las cargas de la caballería.

Como el ejército todo ha combatido con una resolución igual al peso de los intereses que tenía a su cargo, es difícil hacer una relación de los que más han lidiado: pero he prevenido al Sr. General Gamarra, Jefe de Estado Mayor General, que pase a US. originales las noticias enviadas por los

cuerpos. Ninguna recomendación es bastante para significar el mérito de estos bravos.

Según los estados tomados al enemigo, sus fuerzas disponibles en esta jornada eran de 9.310 hombres, mientras el Ejército Libertador formaba 5.780. Los españoles no han sabido qué admirar más, si la intrepidez de nuestras tropas en la batalla, o la sangre fría, la constancia, el orden y el entusiasmo en la retirada, desde las inmediaciones del Cuzco hasta Aguamanga, al frente siempre del enemigo, corriendo una extensión de 80 leguas, y presentando frecuentes combates.

La campaña del Perú esta terminada: su independencia y la paz de América se ha firmado en este campo de batalla. El Ejército unido cree que sus trofeos en la victoria de Ayacucho, sean una oferta digna de la aceptación del LIBERTADOR de Colombia.

Dios guarde a US.

A. J. de Sucre.

Resumen suscinto de la vida del General Sucre

EL GENERAL Antonio José de Sucre nació en la ciudad de Cumaná, provincia de Venezuela, el año de 1790, de padres ricos y distinguidos (*).

(*) Los historiadores están divididos en orden al año del nacimiento de Sucre. El Sr. Dr. Manuel Ancizar lo coloca en 1790, el Sr. Dn. Ramón Azpurúa en 1795, y los Sres. Dn. Domingo de Alcalá y Dr. Antonio Flores en 1793. Téngase pre-

Recibió su primera educación en la capital, Caracas. En el año de 1802, principió sus estudios de matemáticas para seguir la carrera de ingeniero. Empezada la revolución, se dedicó a esta arma y mostró desde los primeros momentos una apli-

cente, que el Sr. de Alcalá es primo del Gran Mariscal. Otros autores, como los Sres. Dn. Manuel López, Dn. Manuel Briceño y el Marqués de Rojos, pasan en silencio este punto.—*Nota de la Redacción.*

Plano topográfico del Campo de Ayacucho, trazado por el Gran Mariscal Antonio José de Sucre.



Resumen de la Carta topográfica en topografía del Gran Mariscal Antonio José de Sucre en que están señalados por él los acontecimientos del Ejército Libertador y los movimientos que se hicieron en el campo de la batalla de Ayacucho.

- ⊠ Capital de Provincia
- ⊞ Villa
- ⊞ Cabecera de Provincia
- ⊞ Pto. anexo
- ⊞ Plaza de Armas
- ⊞ Plaza de San Francisco
- ⊞ Mision
- ⊞ Fuerte o Batallon

cación y una inteligencia que lo hicieron sobresalir entre sus compañeros. Muy pronto empezó la guerra, y desde luego, el General Sucre salió a campaña. Sirvió a las órdenes del General Miranda con distinción en los años 11 y 12. Cuando los Generales Mariño, Piar, Bermúdez y Valdez emprendieron la reconquista de su patria, en el año de 13, por la parte oriental, el joven Sucre les acompañó a una empresa la más atrevida y temeraria. Apenas un puñado de valientes, que no pasaban de ciento, intentaron y lograron la libertad de tres provincias. Sucre siempre se distinguía por su infatigable actividad, por su inteligencia y por su valor. En los célebres campos de Maturín y Cumaná se encontraba de ordinario a lado de los más audaces, rompiendo las filas enemigas, destrozando ejércitos contrarios con tres o cuatro compañías de voluntarios, que componían todas nuestras fuerzas: la Grecia no ofrece prodigios mayores. Quinientos paisanos armados, mandados por el intrépido Piar, destrozaron ocho mil españoles, en tres combates, en campo raso. El General Sucre era uno de los que se distinguía en medio de estos héroes.

El General Sucre sirvió el Estado Mayor General del Ejército de Oriente desde el año de 1816 hasta el de 1817, siempre con aquel celo, talento y conocimiento que lo han distinguido tanto. El era el alma del ejército en que servía. El metodizaba todo: él lo dirigía todo; más, con esa modestia, con esa gracia que hermosea cuanto ejecuta. En medio de las combustiones que necesariamente nacen de la guerra y de la revolución, el General Sucre se hallaba frecuentemente de mediador, de consejero, de guía, sin perder nunca de vista la buena causa y el buen camino. El era el azote del desorden y sin embargo, el amigo de todos.

Su adhesión al Libertador y al Gobierno lo ponía a menudo, en posiciones difíciles, cuando los partidos domésticos encendían los espíritus.

El General Sucre quedaba en la tempestad semejante a una roca combatida por las olas, clavados los ojos en la patria, y sin perder, no obstante, el aprecio y amor de los que combatían.

Después de la batalla de Boyacá, el General Sucre fue nombrado Jefe del Estado Mayor General Libertador, cuyo destino desempeñó con su asombrosa actividad. En esta capacidad, asociado al General Briceño y al Coronel Pérez, negoció el armisticio y regularización de la guerra con el General Morillo, el año de 1820. Este tratado es digno del alma del General Sucre: la benignidad, la clemencia, el genio de la beneficencia lo dictaron: él será eterno como el más bello monumento de la piedad aplicada a la guerra: él será eterno como el nombre del vencedor de Ayacucho.

Luego fué destinado desde Bogotá a mandar la división de tropas, que el Gobierno de Colombia puso a sus órdenes, para auxiliar a Guayaquil, que se había insurreccionado contra el Gobierno Español. Allí Sucre desplegó su genio conciliador, cortés, activo, audaz.

Dos derrotas consecutivas pusieron a Guayaquil al lado del abismo. Todo estaba perdido en aquella época: nadie esperaba salud, sino en un prodigio de la buena suerte. Pero el General Sucre se hallaba en Guayaquil y bastaba su presencia para hacerlo todo. El pueblo deseaba librarse de la esclavitud: el General Sucre dirigió este noble deseo con acierto y con gloria. Triunfa en Yaguachi y libra así a Guayaquil. Después, un nuevo ejército se presentó en las puertas de esta misma ciudad, vencedor y fuerte. El General Sucre lo conjuró, lo rechazó sin combatir. Su política logró lo que sus armas no habrían alcanzado. La destreza del General Sucre obtuvo un armisticio del General español, que, en realidad, era una victoria. Gran parte de la *Batalla de Pichincha* se debe a esta hábil negociación, porque sin ella, aquella célebre jor-

nada no habría tenido lugar. Todo habría sucumbido entonces, no teniendo a su disposición el General Sucre medios de resistencia.

El General Sucre formó, en fin, un ejército respetable, durante aquel armisticio con las tropas que levantó en el país, con las que recibió del Gobierno de Colombia y con la división del General Santa Cruz, que obtuvo del Protector del Perú, por resultado de su incansable perseverancia en solicitar por todas partes enemigos a los españoles poseedores de Quito.

La campaña que terminó la guerra del Sur de Colombia, fué dirigida y mandada en persona por el General Sucre; en ella mostró sus talentos y virtudes militares; superó dificultades que parecían invencibles: la naturaleza le ofrecía obstáculos, privaciones y penas durísimas. Mas a todo sabía remediar su genio fecundo. *La Batalla de Pichincha* consumó la obra de su celo, de su sagacidad y de su valor. Entonces fue nombrado en premio de sus servicios, General de División e Intendente del Departamento de Quito. Aquellos pueblos veían en él su Libertador, y su amigo; se mostraron más satisfechos del Jefe que les era destinado, que de la libertad misma que recibían de sus manos. *El bien dura poco; muy pronto lo perdieron.*

La pertinaz ciudad de Pasto se sublevó poco después de la capitulación, que le concedió el Libertador, con una generosidad sin ejemplo en la guerra. La de Ayacucho que acabamos de ver con asombro, no le era comparable. Sin embargo, este pueblo ingrato y pérfido, obligó al General Sucre a marchar contra él, a la cabeza de algunos batallones y escuadrones de la guardia colombiana. Los abismos, los torrentes, los escarpados precipicios de Pasto fueron franqueados por los invencibles soldados de Colombia. El General Sucre los guiaba, y Pasto fue nuevamente reducido al deber. El General Sucre, bien pronto fue destinado a una doble misión, militar y diplo-

mática cerca de este Gobierno, cuyo objeto era hallarse al lado del Presidente de la República, para intervenir en la ejecución de las operaciones de las tropas colombianas auxiliares del Perú. Apenas llegó a esta capital, cuando el Gobierno del Perú le instó, repetida y frecuentemente, para que tomase el mando del ejército unido; él se denegó a ello, siguiendo su deber y su propia moderación, hasta que la aproximación del enemigo con fuerzas muy superiores convirtió la aceptación del mando en una honrosa obligación. Todo estaba en desorden: todo iba a sucumbir sin el jefe militar que pusiese en defensa la plaza del Callao, con las fuerzas que ocupaban esta capital.

El General Sucre tomó, a su pesar, el mando.

El Congreso que había sido ultrajado por el Presidente Riva-Agüero, depuso a este magistrado, luego que entró en el Callao, y autorizó al General Sucre para que obrase militar y políticamente como Jefe Supremo. Las circunstancias eran terribles, urgentísimas: no había que vacilar sino obrar con decisión.

El General Sucre renunció, sin embargo, el mando que le confería el Congreso, el que siempre insistía con mayor ardor en el mismo empeño, como que era el único hombre que podía salvar la patria en aquel conflicto tan tremendo. El Callao encerraba la caja de Pandora, y al mismo tiempo era un caos. El enemigo estaba a las puertas con fuerzas dobles: la plaza no estaba preparada para un sitio: los cuerpos de ejército que la guarnecían eran de diferentes Estados, de diferentes partidos; el Congreso y el Poder Ejecutivo luchaban de mano armada, todo el mundo mandaba en aquel lugar de confusión; y al parecer, el General Sucre era responsable de todo. El, pues, tomó la resolución, de defender la plaza, con tal que las autoridades supremas la evacuasen, como ya se había determinado de antemano por parte del Congreso y del Poder Eje-

entivo. Aconsejó a ambos cuerpos que se entendiesen y transigiesen sus diferencias en Trujillo, que era el lugar designado para su residencia.

El General Sucre tenía órdenes positivas de su Gobierno de sostener al del Perú, pero de abstenerse de intervenir en sus diferencias intestinas; esta fue su conducta invariable, observando religiosamente sus instrucciones. Por lo mismo, ambos partidos se quejaban de indiferencia, de indolencia, de apatía por parte del General de Colombia, que, si había tomado el mando militar, había sido con suma repugnancia, y sólo por complacer a las autoridades peruanas; pero bien resuelto a no ejercer otro mando que el estrictamente militar. Tal fue su comportamiento en medio de tan difíciles circunstancias. El Perú puede decir si la verdad dicta estas líneas.

Las operaciones del General Santa Cruz en el Alto Perú habían empezado con buen suceso y esperanzas probables. El General Sucre había recibido órdenes de embarcarse con cuatro mil hombres de las tropas aliadas, hacia aquella parte. En efecto, dirige su marcha con tres mil colombianos y chilenos: desembarca en el puerto de Quileá, y toma la ciudad de Arequipa. Abre comunicaciones con el General Santa Cruz, que se hallaba en el Alto Perú: a pesar de no recibir demanda alguna de dicho General de auxilios, dispone todo para obrar inmediatamente contra el enemigo común. Sus tropas habían llegado muy estropeadas, como todas las que hacen aquella navegación: los caballos y bagajes habían costado una inmensa dificultad obtenerlos: las tropas de Chile se hallaban desnudas, y debieron vestirse antes de emprender una campaña rigurosa. Sin embargo, todo se efectuó en pocas semanas. Ya la división del General Sucre había recibido parte del General Santa Cruz que la llamaba en su auxilio, y algunas horas después de la recepción de este parte estaba en marcha, cuando

se recibió el triste anuncio de la disolución de la división peruana en las inmediaciones del Desaguadero. Por entonces, todo cambiaba de aspecto: era, pues, indispensable mudar de plan. El General Sucre tuvo una entrevista con el General Santa Cruz en Moquegua, y allí combinaron sus ulteriores operaciones. La división que mandaba el General Santa Cruz vino a Pisco, y de allí pasó, por orden del Libertador, a Supe para oponerse a los planes de Riva-Agüero, que obraba de concierto con los españoles.

En estas circunstancias, el General Sucre instó al Libertador para que le permitiese ir a tomar el valle de Janja con las tropas de Colombia, para oponerse allí al General Canterac que venía del Sur. Riva-Agüero había ofrecido cooperar a esta maniobra; mas su perfidia pretendía engañarnos. Su intento era dilatarla hasta que llegasen los españoles, sus auxiliares. Tan miserable treta no podía alucinar al Libertador, que la había previsto con anticipación, o más bien, que la conocía por documentos interceptados de los traidores y de los enemigos.

El General Sucre dió en aquel momento brillante testimonio de su carácter generoso. Riva-Agüero lo había calumniado atrocemente: lo suponía autor de los decretos del Congreso, el agente de la ambición del Libertador, el instrumento de su ruina. No obstante esto, Sucre ruega encarecida y ardientemente al Libertador, para que no lo emplee en la campaña contra Riva-Agüero, ni aun como simple soldado; apenas se pudo conseguir de él, que siguiese como espectador, y no como jefe del ejército unido; su resistencia era absoluta. El decía que de ningún modo convenía la intervención de los auxiliares en aquella lucha, e infinitamente menos la suya propia, porque se le suponía enemigo personal de Riva-Agüero, y competidor al mando. El Libertador cedió con infinito sentimiento, según se dijo, a los vehementes clamores del General Su-

ere. El tomó en persona el mando del ejército, hasta que el General La-Fuente, por su noble resolución de ahogar la traición de un Jefe, y la guerra civil de su patria, prendió a Riva-Agüero y a sus cómplices. Entonces el General Sucre volvió a tomar el mando del ejército; lo acantonó en la provincia de Huailas donde se le ordenó; allí su economía desplegó todos sus recursos para mantener con comodidad y agrado las tropas de Colombia. Hasta entonces aquel departamento había producido muy poco o nada al Estado; sin embargo, el General Sucre establece el orden más estricto para la subsistencia del ejército, conciliando a la vez el sacrificio de los pueblos y disminuyendo el dolor de las exacciones militares con su inagotable bondad y con su infinita dulzura. Así fue que el pueblo y el ejército se encontraron tan bien, cuanto las circunstancias lo permitan.

Sucre tuvo orden de hacer un reconocimiento de la frontera, como lo efectuó con el esmero que acostumbra, y dictó aquellas providencias preparatorias, que debían servirnos para realizar la próxima campaña.

Cuando la traición del Callao y de Torre-Tagle, llamó los enemigos a Lima, el General Sucre recibió órdenes de contrarrestar el complicado sistema de maquinaciones pérfidas, que se extendió en todo el territorio contra la libertad del país, la gloria del Libertador y el honor de los colombianos. El General Sucre combatió con suceso a todos los adversarios de la buena causa; escribió con sus manos resmas de papel para impugnar a los enemigos del Perú y de la Libertad, para sostener a los buenos, para confortar a los que empezaban a desfallecer por los prestigios del error triunfante. El General Sucre escribía a sus amigos que más interés habían tomado para la causa del Perú, que por una que le fuese propia o perteneciese a su familia. Jamás había desplegado un celo tan infatigable; mas sus servicios no se vieron burlados: ellos lograron

retener en la causa de la patria, a muchos que la habrían abandonado en el empeño generoso de Sucre. Este General tomó al mismo tiempo a su cargo la dirección de los preparativos que produjeron el efecto maravilloso de llevar el ejército al valle de Jauja por encima de los Andes, helados y desiertos. El ejército recibió todos los auxilios necesarios debidos, sin duda, tanto a los pueblos peruanos que los prestaban, como al jefe que los había ordenado tan oportuna y discretamente.

El General Sucre después de la acción de Junín se consagró de nuevo a la mejora y alivio del ejército. Los hospitales fueron provistos por él, y los piquetes que venían de alta al ejército, eran auxiliados por el mismo General: estos cuidados dieron al ejército dos mil hombres, que quizá habrían perecido en la miseria sin el esmero del que consagraba sus desvelos a tan piadoso servicio. Para el General Sucre todo sacrificio por la humanidad y por la patria, parece glorioso. Ninguna atención bondadosa es indigna de su corazón: él es el general del soldado!!

Cuando el Libertador le dejó encargado de conducir la campaña durante el invierno que entraba, el General Sucre desplegó todos los talentos superiores que lo han conducido a obtener la más brillante campaña de cuantas forman la gloria de los hijos del Nuevo Mundo. La marcha del Ejército unido desde la provincia de Cotabamba hasta Huamanga, es una operación insigne, comparable quizá a lo más grande que presenta la historia militar. Nuestro ejército era inferior, en mitad, al del enemigo, que poseía infinitas ventajas materiales sobre el nuestro. Nosotros nos veíamos forzados a desfilar sobre riscos, gargantas, ríos, eumbres, abismos, siempre en presencia de un ejército enemigo, y siempre superior. Esta corta, pero terrible campaña, tiene un mérito todavía que no es bien conocido en su ejecución: ella merece un César que la describa.

La batalla de Ayacucho es la cum-

bre de la gloria americana, y la obra del General Sucre. La disposición de ella ha sido perfecta, y su ejecución divina. Maniobras hábiles y prontas desbarataron en una hora a los vencedores de catorce años y a un enemigo perfectamente constituido y hábilmente mandado. Ayacucho es la desesperación de nuestros enemigos. Ayacucho, semejante a Waterloo, que decidió del destino de la Europa, ha fijado la suerte de las naciones americanas. Las generaciones venideras esperan la victoria de Ayacucho para bendecirla y contemplarla sentada en el trono de la li-

bertad, dictando a los americanos el ejercicio de sus derechos, y el *sagrado imperio* de la naturaleza.

El General Sucre es padre de Ayacucho: es el redentor de los hijos del Sol: es el que ha roto las cadenas con que envolvió Pizarro el imperio de los Incas. La posteridad representará a Sucre con un pie en el Pichincha y el otro en el Potosí, llevando en sus manos la cuna de Manco Capac y contemplando las cadenas del Perú, rotas por su espada.

Lima.—1825.

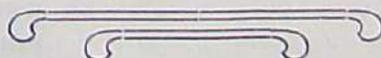
Simón Bolívar.



*Acta del Ayuntamiento, en la sesión de
26 de Mayo de 1822*

EN LA ciudad de San Francisco de Quito en veinte y seis de Mayo de mil ochocientos veinte y dos: Los Señores del Excelentísimo Ayuntamiento de esta Capital juntos en la Sala de su destino, presididos por el Sr. Alcalde tercero Dn. Tomás Velasco para tratar de los asuntos de su Instituto, acordaron en primer lugar recibir y juramentar al Sr. Alcalde cuarto Dn. Pedro Cevallos, lo que verificado, procedieron a acto continuo a recibir y juramentar igualmente al Sr. Vicente Aguirre nombrado Gobernador Político provisional de la Plaza a consecuencia

de la cesación en el Mando del Mariscal de Campo Dn. Melchor Aymerich, Jefe de España, con la gloriosa acción de Pichincha en que la Divina Providencia decidió su protección por las Armas del sistema Republicano; y no ocurriendo otra cosa por ahora se **resolvió** el Acuerdo firmándolo para que conste.—Dr. Bernardo de León y Carcelén.—Pedro Guarderas.—Fidel Quijano.—Vicente Chiriboga.—Manuel Moreno.—José María Guerrero.—Dr. Pedro José de Arteta.—Antonio Fernández Salvador.—Maximiliano Miño.—Vicente Aguirre.—Dr. Agustín de Salazar, Secretario.



Acta del Ayuntamiento, en la sesión de 28 de Mayo de 1822

EN LA ciudad de San Francisco de Quito en veintiocho de Mayo de mil ochocientos veinte y dos: Los Sres. del Excelentísimo Cabildo de esta Capital, juntos en la Sala de su destino presididos por el Sr. Gobernador Político de esta Plaza Vicente Aguirre acordaron: Que siendo indispensable dar un testimonio del placer que los posee por la emancipación política y libertad de la Capital y su Provincia, obtenida a esfuerzos de la expedición libertadora y al valor e insigne pericia militar del Sr. General en Jefe de ella José Antonio de Sucre, se le oficiare impetrando el correspondien-

te permiso para la convocatoria de un Cabildo Público en el que se acuerden los medios más eficaces para la celebridad del más sagrado de los objetos, y el testimonio de la más sincera gratitud al héroe que lo ha proporcionado. Con lo que se aprobó el Acuerdo, y la firmaron para que conste. — Vicente Aguirre.—Dr. José Fr. Valdivieso.—Dr. Bernardo I. de León y Carcelén. — Pedro Guarderas. — Próspero Quiñones D.—José María Guerrero.—Fidel Quijano.—Manuel Moreno.—Vicente Chiriboga.—Antonio Fernández Salvador.—Dr. Pedro José de Arteta.—Dr. Mariano Miño.—Dr. Agustín de Salazar, Secretario.

Asamblea Popular de Quito,

PRESIDIDA POR EL CONCEJO MUNICIPAL DE DICHA CIUDAD
EN 29 DE MAYO DE 1822

EN LA ciudad de San Francisco de Quito, capital de las provincias del antiguo reino de este nombre, representada por su Exema. Municipalidad, el Venerable Deán y Cabildo de la Santa Iglesia Catedral, los Prelados de las Comunidades religiosas, los Curas de las parroquias urbanas, las principales personas del comercio y agricultura, los padres de familia y notables del país, dijeron: que convencidos de hallarse disueltos los vínculos con que la conquista unió este reino a la nación española, en fuerza de los de-

rechos sacrosantos de todo pueblo para emanciparse, si el bien de sus habitantes lo demanda; cuando la opresión, el vilipendio y los ultrajes a los ciudadanos por un Gobierno corrompido y tiránico han roto todos los lazos que por cualesquiera motivos ideales, ligaron estas provincias a la Península, cuando los sacrificios de la América en las aras de la libertad prometen a Quito la elevación de sus destinos a la gloria y a la prosperidad, cuando los resultados de la guerra que ha sostenido el Nuevo Mundo por su independencia, aseguran la suerte de estos países, guerra

cuya justicia está reconocida por el género humano, y cuyos principios han proclamado en el siglo todas las naciones y todos los hombres que conocen su dignidad; cuando, en fin, los españoles profanando el santuario y sus ministros, ollando la moral pública, cubriendo los pueblos de sangre y de luto, preparaban la completa ruina de estas regiones infortunadas; y, cuando el Ser Supremo, Creador de los bienes de la tierra, causado del torrente de males, que ha inundado al Pueblo Quiteño, dándole la victoria con que coronó las armas de la patria en la memorable batalla del 24 del corriente, sobre las faldas del Pichincha, lo ha puesto en posesión de sus derechos imprescriptibles por medio del genio tutelar de Colombia, por la mano del inmortal BOLIVAR, que desde los más remotos puntos de la República ha proveído siempre infatigable a la felicidad de estas provincias; esta Corporación, pues, expresando con la más posible y solemne legitimidad los votos de los pueblos que componen el antiguo reino de Quito, ofreciéndose al Ser Supremo, y prometiendo conservar pura la Religión de Jesús como la base de las mejores sociedades, ha venido en resolver y resuelve:

1º Reunirse a la República de Colombia como el primer acto espontáneo dictado por el deseo de los pueblos, por la conveniencia y mutua seguridad y necesidad, declarando las provincias que componían el antiguo reino de Quito como parte integrante de Colombia, bajo el pacto expreso y formal de tener en ella la representación correspondiente a su importancia política.

2º Presentar los testimonios de su reconocimiento a las Divisiones de Colombia y del Perú, que a las órdenes del Sr. General Sucre han roto las cadenas que ataban estos países al ignominioso carro peninsular; a este efecto, y considerando una obligación santa tributar a los libertadores de Quito una prueba de gratitud y que éstos lleven una señal de

sus sacrificios; autorizada la Corporación por el patriotismo y por los servicios de estas provincias a la causa de Colombia, e impetrando la aprobación del Gobierno, concede a la División libertadora una medalla o cruz de honor pendiente al pecho de una cinta azul celeste. La medalla será un sol naciendo sobre las montañas del Ecuador, y unidos sus rayos por una corona de laurel; entre la montaña, en letras de oro, la inscripción *Colombia* y al rededor del sol: *Libertador de Quito*, de esmalte azul; en el reverso *Vencedor en Pichincha, 24 de Mayo, 12* y el nombre del agraciado. El pueblo regalará estas medallas, que serán para los Generales con esmaltes en los rayos de piedras preciosas, para los Oficiales de oro, y para la tropa de plata. Y respectó a que el Ejército Libertador que ha hecho la campaña por Pasto, ha tenido una parte tan importante en la libertad de Quito, como la División misma que ha entrado, se suplicará al Gobierno que conceda el uso de esta medalla a aquel Ejército con las modificaciones que guste, y que el Excmo. Sr. Libertador Presidente, acepte la que le presentará una diputación del Pueblo Quiteño, que también pondrá otra en manos S. E. el Vicepresidente, como una pequeña significación de agradecimiento de estas provincias a sus esfuerzos por libertarlos. Y estando entendidos el Cabildo y Corporaciones que el Sr. General Sucre tiene la delegación de las facultades concedidas por el Soberano Congreso de la República al Excmo. Sr. Presidente, se le exigirá, que mientras aprueba el gobierno la solicitud de este pueblo, permita a la División de su mando el uso de esta medalla y que tome él sobre su cargo, en unión de la Municipalidad, dar las gracias al Gobierno del Perú por la cooperación de sus tropas a la libertad de Quito, suplicándole que éstos lleven la expresada medalla como una manifestación de nuestro agradecimiento a sus sacrificios, y el expresado Sr. General remitirá a nombre de este pue-

blo la misma decoración sin la inscripción del reverso, y en cinta blanca, al Excmo. Sr. Protector del Perú, y tendrá la facultad de hacerlo a los demás Jefes de aquel Estado que hayan concurrido a la expedición libertadora de este país, y a los ciudadanos que por sus servicios distinguidos en esta gloriosa campaña, hayan tenido una influencia en la recuperación de nuestros derechos, pendiendo la medalla de la cinta tricolor, del Pabellón de la República.

3º Erigir una pirámide sobre el campo de Pichincha en el lugar de la batalla [que se llamará en adelante la cima de la libertad]. En el pedestal frente a la ciudad, se esculpirá esta inscripción: *Los hijos del Ecuador a Simón Bolívar, el Angel de la paz y de la libertad Colombiana.* Seguirá en el mismo frente el nombre del General Sucre, y debajo: *Quito libre el 24 de Mayo de 1822, 12.* Y continuarán los nombres de los Jefes y Oficiales del Estado Mayor de las Divisiones unidas. En el pedestal de la derecha se colocarán los nombres de los Jefes y Oficiales de la División del Perú, prefiriendo los heridos, y precedidos por el de su Comandante el Sr. Coronel Santacruz, y continuarán los nombres de los cuerpos y de toda la tropa. En el pedestal de la izquierda, y en todo este costado por el mismo orden los nombres de los cuerpos y de los Jefes, Oficiales y tropa de la División de Colombia precedidos por el del Sr. General Mires. En el pedestal que mira al campo de batalla, esta inscripción: *A Dios glorificador. Mi valor y mi sangre terminaron la guerra de Colombia, y dieron libertad a Quito.* Seguirán arriba los nombres de los muertos en el combate. Sobre la cúspide de la pirámide, se colocará el genio de la Libertad rodeado de banderas de los cuerpos que han hecho la campaña de Quito, que simbolizará *la unión de los Estados Americanos.*

4º Poner en el frontispicio de la Sala Capitular una lápida que recuerde, en la posteridad, el día feliz

en que Quito recobró sus derechos, y el nombre del *Libertador.*

5º Establecer perpetuamente una función religiosa en que celebrar el aniversario de la emancipación de Quito, la cual se hará trasladando en procesión solemne la víspera de Pentecostés a la Santa Iglesia Catedral la imagen de la Madre de Dios, bajo su advocación de Mercedes, y el día habrá en ella Misa clásica con sermón a que concurrirán todas las Corporaciones, y será considerada como la primera fiesta religiosa de Quito, cuando tiene el objeto de elevar los votos de este pueblo al Hacedor Supremo, por los bienes que le concedió en igual día.

6º Instituir otra función fúnebre por el alivio y descanso de las almas de los héroes que sacrificaron su vida a la libertad americana, cuya función celebrada el tercer día de Pentecostés, será tan solemne como la del artículo anterior, o el día siguiente hábil.

7º Que para hacer durable la memoria del General Sucre en esta Capital, se publique el 13 de Junio la Ley fundamental de Colombia, y que en él presten la Ciudad, las Corporaciones y Autoridades el juramento de defender con sus bienes, su vida y su sangre la independencia, la libertad política y *la integridad del Estado,* perpetuando una función todos los años el mismo 13 de Junio para recordar el día en que Quito se incorporó a la República.

8º Celebrar una Misa de gracias el Domingo 2 del entrante con toda pompa, para rendir al Dios de los Ejércitos nuestro homenaje y reconocimiento por la transformación gloriosa de Quito, y disponiendo en los tres días precedentes, toda especie de regocijos públicos, iluminando la ciudad por tres noches, y concediendo al público cuantas diversiones quisiera usar moderadamente. El Cabildo tendrá conciertos en estas tres noches y al frente de su casa se colocará una figura alegórica, que representa la América sentada en un trono majestuoso, y rodeada de sus

atributos, acariciando el busto del *Libertador* de Colombia. A la derecha se verá un genio que simbolice a Quito presentando al busto del General Sucre una corona cívica: a la izquierda estarán los retratos de los más esclarecidos Generales del ejército, y al rededor escritos con letras de oro sobre campo azul, los nombres de los oficiales y soldados más ilustres. El mismo Cabildo preparará una fiesta triunfal para el día 13 de Junio en que se publique la Ley fundamental del Estado.

9º Colocar en la Sala Capitular los bustos del *Libertador* de Colombia y del Sr. General Sucre, a los dos extremos de las armas de la ciudad, cuyo glorioso monumento se colocará igualmente en los salones del Palacio y otros lugares públicos.

10 Que esta acta quede abierta por quince días en la Sala del Cabildo para que sea firmada por todos los ciudadanos que, uniendo sus votos a los que la han dictado, expresen más suficientemente, si es posible, los deseos de los pueblos de Quito, a cuyo efecto se cirenlarán copias en todo el Departamento para que en las casas de los Ayuntamientos se suscriba por las personas que puedan hacerlo, y se dé este testimonio de su patriotismo y de sus sentimientos. Con lo cual se concluyó esta acta que proclama la Corporación con una declaración expresa de sus votos que hace a la faz del mundo el pueblo de Quito, el día 29 de Mayo del año del Señor de 1822, y el 12 en que manifestó sus deseos de ser libre y colombiano.—Vicente Aguirre, Dr. José Félix Valdivieso, Javier Villasis, Tomás de Velasco, Pedro Cevallos, Dr. Bernardo Ignacio de León y Carcelén, Vicente Alvarez, Fidel Quijano, Pedro Guarderas, Vicente Chiriboga, Manuel Moreno,

Dr. Pedro José de Arteta, Antonio Salvador, José M. Guerrero, Bartolomé Donoso, Ramón Borja, José M. del Mazo, Próspero Quiñones, Antonio Fernández Salvador, Dr. José M. Cabezas, Dr. Agustín de Salazar, Maximiliano Coronel, Dr. Nicolás de Arteta, Dr. Joaquín Pérez de Anda, Calisto Miranda, Dr. José Camacho, Mariano Batallas, Bruno de Neira, Dr. Francisco León de Aguirre, Dr. José Loza, Secretario. Fr. Luis Loza, Provincial de Santo Domingo, Maestro Fr. Antonio Albán, Provincial de la Merced. Presentado Fr. Manuel Bravo, Presidente Comendador de la Merced, Fr. Narcizo Segura, Provincial de San Francisco, Fr. Antonio de la Torre, Guardián, Maestro Fr. Carlos Mejía, Prior, Pedro José de Ensinas, Sr. Pedro de San José, Prefecto, Luis de Saá, José Corella, José Alvarez, Dr. Manuel Espinosa. Presentado Dr. Fr. José Boú, Juan de León y Aguirre, José de Zaldumbide, Juan Antonio Terán, Miguel Valladares. El Título de Miraflores, Fr. Francisco de Saá, José Eugenio Correa, Cura de San Roque, Fr. Francisco Martínez, Rector, Antonio Pineda, Juan Ante, José Viteri, Pedro Manuel Quiñones, Antonio Baquero, Francisco Campos, Mariano Merizalde, Cura de San Marcos, Antonio Llerena, Fr. Manuel Solano, Prior Provincial de Agustinos, José Miguel Batallas y Vallejo, Manuel Balladares, Mariano Hurtado, Ramón Molina, José Villandrando, Miguel Espinosa, Matías Sánchez, José Valarezo, José González, Manuel del Corral, Mariano Soria, José Montañero, Manuel Benítez, Pedro Iriarte, Mariano Villamar, Pedro Guarderas, Vicente López Merino, Ignacio Villasis.



Don Ignacio Cabal

ENTRE las más distinguidas figuras de la Independencia, descuella la de Dn. Ignacio Cabal, nacido en Buga de distinguida familia y dotado por la naturaleza de las más simpáticas prendas personales.

Muy joven se alistó en las banderas de la Patria e hizo toda la campaña del Cauca, distinguiéndose particularmente en las batallas de Palacé y el Palo, que le valieron ascensos y las distinciones más honrosas y cumplidas de parte de sus jefes.

Sámano ocupa el Cauca después de vencidas las huestes libertadoras, Cabal es perseguido, confiscados sus bienes y aprehendido por último, y encerrado en una mazmorra. Creyó el bárbaro que podría con tormentos arrancar la revelación del paradero del gran Cabal, tío del joven prisionero; pero supo soportar heroicamente todas las torturas, y mientras el cuerpo languidecía exánime, el espíritu se vigorizaba cada vez más con el amor a la santa causa de los pueblos y el odio profundo a sus tiranos.

Elegido Sucre para venir a auxiliar a los patriotas del Guayas, trajo consigo a Cabal; hallándose en Yaguachi con gloria, en Huachi sin mancha y en Pichincha con ensangrentada guirnalda de laurel.

El Marqués de San José llevó a su casa al herido, le atendió con la solicitud más benévola y ponderaba el placer que recibía con el trato de caballero tan lleno de relevantes prendas de todo género.

Quiso sobreponerse a su quebrantada salud y seguir a la campaña que debía sellar la independencia de América; pero la naturaleza se hizo oír poderosa, renunció a sus propósitos, y no hubiera podido sobrellevar tan horrible contrariedad, si Doña Manuela Cabal y Salazar, su prima, no le hubiese compensado con el amor de esposa las glorias que perdía como soldado. Partió con ella al Cauca, y allí prestó a su país los servicios más desinteresados y constantes.

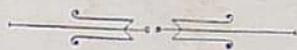
Era Teniente Coronel cuando regó su sangre en Pichincha, siendo su inmediato Jefe el después General Don José Martínez Pallares, quien, como testigo presencial, hacía plena justicia a su valor en aquella extraordinaria batalla dada a vista de una ciudad populosa, a la altura más inmensa del globo y por la causa más justa de los siglos.

No hemos recibido aún de Bogotá la hoja de servicios de este abnegado servidor de Colombia, para ilustrar estos breves rasgos con noticias más circunstanciadas e interesantes; pero baste decir, para gloria del ilustre Brigadier, que cerró la página de sus merecimientos con sello digno de su vida: murió en 1840 defendiendo las instituciones de la República, sin haber traicionado jamás a su causa y habiendo cumplido siempre con su deber.

A. P. Ch.



PARTIDA DE BAUTISMO
del General D. José María Córdova,
segundo de los héroes en Pichincha y Ayacucho.



En la Iglesia de Nuestra Señora de la Concepción, en 13 de Septiembre de 1799; yo, D. Francisco Jph. González, cura párroco de este sitio, bapaticé solemnemente, según lo dispone nuestra Madre Iglesia, a un niño que nació el 8 de Septiembre, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de D. Chirisanto de Córdova y D.^a Pascuala Muñoz, vecinos de esta parroquia, y a dicho niño le fué puesto el nombre de Jph. María, siendo padrino el Presbítero D. Jph. Echeurri (González); y para que conste lo firmo. — Francisco Jph. González.

Es copia de la partida inserta en el oficio dirigido a la Municipalidad de Quito por el Presidente de la Junta Colectiva de Antioquia (Colombia) solicitando que contribuya a levantar un Monumento en dicha ciudad, en honor a su compatriota General José María Córdova. El Ecuador contribuyó para ello con diez mil sueres.

